

Ciudad lacustre

César Hernández Coria

CIUDAD LACUSTRE ES UNA OBRA que me emocionó profundamente, quizá porque hallé en ella una capacidad enorme para contagiar el entusiasmo y la fuerza vital que inundan sus páginas. A mi juicio, además del interés que despierta lo narrado y de la facilidad con que el texto fluye, el valor del libro se halla en la confluencia de dos ejes rectores que lo atraviesan y que pueden seguirse a lo largo de los cuentos y crónicas que lo conforman. Estos ejes son los conceptos de “reconocimiento” y “reconciliación”. El universo que se construye en estas páginas nos permite, y aún más, nos impulsa a cuestionar y examinar de manera crítica la relación que tenemos con el mundo que nos rodea, y quizá lo más maravilloso de este proceso es que la reflexión comienza con la idea misma de “mundo”. El “cemanáhuac” que se describe y construye desde el primer cuento: “En nombre del maíz”, es un espacio incluyente y verdaderamente integral, en donde la relación entre los personajes y con los elementos naturales, se basa en el respeto y no en el abuso, en la necesidad y no en el desperdicio, en la comunidad y no en el egoísmo, pero ante todo, en el proceder amoroso que reúne y convoca. La gestación del maíz que ocurre de forma paralela a la del bebé de la protagonista, sugiere una serie de coincidencias que no deben pasarse por alto.

Primero, el nexo indisoluble de los seres humanos con la tierra como fuente de sustento, hogar y origen de vida, todo sugerido por supuesto por el nombre “Matlalli”.¹ Hombre y maíz comparten la misma madre, se hermanan, y esto implica un primer momento de reconocimiento. No somos más ni menos importantes que aquello que nos da vida, como indica la raíz *ce*, somos uno con tales elementos. Somos el maíz, pero también el agua y la tierra y el tiempo

que dicho maíz requiere. Cualquier cosa que los afecte a ellos nos afecta. Y más allá del orden material, la tierra, el tiempo y el sustento, definen también los principales rasgos de nuestra cultura. En cualquier parte del mundo, la invención femenina de la lengua surge de la necesidad de entender y hacer entender a los otros, de transmitir y comunicar, pero lo verdaderamente importante de las palabras creadas es precisamente su origen como interacción imprescindible, porque nos reconcilia con la necesidad que tenemos de los otros, porque del mismo modo que la noción del “yo” no puede existir sin un “tú” que lo defina, los seres humanos no podemos existir sino como parte de una comunidad que nos dé sentido. La comunidad de Matlalli puede tener desacuerdos y riñas, pero nunca pierde la conciencia de grupo.

Estos primeros movimientos hacia el reconocimiento y la reconciliación adquieren una dimensión histórica en “Tecuichpo”. El principal mérito del relato literario basado en hechos históricos podría tal vez enunciarse como la posibilidad que brinda de devolver su dimensión humana a los hechos y personajes relevantes de nuestro pasado común. En el caso de “Tecuichpo” tenemos la oportunidad de presenciar a través de los ojos de esta niña los eventos que destruyen su mundo. “La conquista”, como lugar común del discurso oficial, como significado establecido y transmitido sin crítica ni contradicción, pierde sentido. Lo que nace en nosotros como en Tecuichpo, desde la canasta-útero en que lo observa todo, es el miedo, el dolor, la imposibilidad para comprender y aceptar la muerte violenta de los seres queridos. Todas las emociones y sensaciones que no pueden registrarse como hechos comprobables, pero que

no por eso pueden negarse. Su llamada infantil interminable a su madre, padre, y hermanos es la más honda voz del desamparo, y sin embargo, por su doble condición de mujer y vencida, fue relegada y se hizo inaudible durante mucho tiempo. Hoy gracias al rescate que lleva a cabo este texto, la orfandad y el sufrimiento de ella son una y otra vez la orfandad y el sufrimiento de todos. Particularmente, su visión del pensamiento y la cultura náhuatl y su esfuerzo por asimilar el choque de la invasión española pueden entenderse como un símbolo del proceso en el que todos nos hallamos inmersos a partir de la globalización, el de entendernos frente a lo que no concebimos como propio. Es aquí donde surge de nuevo el reconocimiento, la conciencia de ser parte de una misma línea de acontecimientos. La historia no fue, no es un asunto pasajero, sino que sigue siendo porque sus repercusiones siguen estando presentes y vivas en cada uno de nosotros. Entender la humanidad de Tecuichpo, y a través de ella la de Moteczuzoma, Cuitláhuac y otros personajes, implica eliminar la distancia que pareciera separarnos de ellos, los roles asignados de héroes y villanos de la historia oficial, y darles un papel de igualdad frente a nosotros. Al cumplir este doble movimiento de acercarlos y acercarnos, se hace patente la necesidad de tomar posición y aceptar la propia responsabilidad ante los hechos que ocurren actualmente y que transforman nuestro entorno, del mismo modo que estos hombres y mujeres lo hicieron en su tiempo. Es contagioso entonces el valor de esta niña para asumirse como mujer y dar, como el texto lo dice, “un paso recio al frente”.

A partir de la cosmovisión que se recrea en la lectura de estos primeros cuentos, es fácil entender el tono de compañerismo, la solidaridad y el amor que inundan los cuentos y crónicas siguientes. Tal como el protagonista de “El retorno de Tlahuizchan”, los lectores tenemos el privilegio de convertirnos en viajeros cósmicos, con la diferencia de que, en lugar de perecer en un espacio-tiempo de desesperación, nosotros somos invitados a contemplar el futuro próximo y brillante que detallan los dos cuentos finales. Probablemente lo más conmovedor de “Levantamiento de mujeres” es

el brote espontáneo de solidaridad, la conciencia de género que se transforma en deseo de justicia social. Al rebelarse, las mujeres, como siempre lo han hecho, luchan por ellas y por sus hijos, es decir, por todos nosotros. Las facetas de amor y lucha que se combinan en Ángeles Cuauhtle² desde su nombre, se descubren primero en las otras mujeres del relato y después, en todas las mujeres que afortunadamente tenemos a nuestro lado. ¿Quién más podría llevar a cabo esta revolución pacífica, esta transición gozosa del caos y el desastre al proceder armónico? En este y todos los textos del libro, dejan de ser ellas, aquellas, las mujeres lejanas o incomprensibles, para ser con nosotros y en nosotros y para que podamos ser en ellas y con ellas, dejando al fin atrás la discriminación y por ende, la soledad y el miedo al que nos hemos condenado a nosotros mismos al negar nuestra dualidad.

Finalmente, y como resultado directo de este levantamiento, el cuento que le da nombre al volumen, es un vistazo magnífico a las metas alcanzadas, a la paz merecida y al equilibrio, en donde el agua que ha vuelto a la ciudad simboliza la vida, y la felicidad se entiende como una búsqueda que no debe terminar nunca. A diferencia de otros escritores, Pedro Moctezuma no teme al optimismo porque construye su esperanza con fundamentos sólidos, tanto en lo imaginario como en lo social. Su libro es el de un educador que entiende la importancia de transmitir el amor y el respeto; no imponiendo sino compartiendo las experiencias y convicciones propias como parte de un modo de vivir en el que las acciones preceden, por muchos años a las palabras. No me resta sino agradecerle estos textos, que son una incursión maravillosa de su lucha al terreno de lo literario. •

Notas

¹ Del náhuatl *tlalli*, tierra.

² De *cuauhtli*, águila.

CÉSAR HERNÁNDEZ CORIA. Escritor y ensayista. Actualmente trabaja asociado a la oficina de Proyectos Especiales de la Rectoría General de la UAM. Correo electrónico: cesarkori@yahoo.com